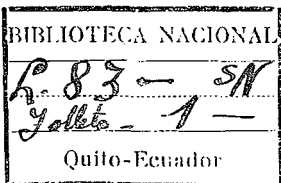


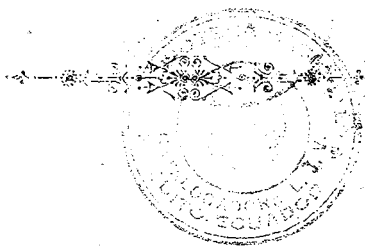
# TESTIMONIO SOLEMNE

B 123

DE



## JUAN MONTALVO



QUITO. — 1897

IMPRESA DE "EL PICHINCHA".







*Folleto cedido al Sr. Montalvo  
Abadencera el 18  
de Mayo de 1914*



RETROSPECTIVO.

POR interés literario y político reproducimos dos hojas sueltas de D. Juan Montalvo, de 1873 y 1879, relacionadas con el Sr. General Eloy Alfaro. Nada debe perderse de aquel gran escritor, verdadera cima de nuestra literatura nacional, ni es posible que yazgan soterradas sus enseñanzas de historia contemporánea, cuando más

necesita nuestro partido volver los ojos á sus dioses lares.

A Montalvo no lo obligaba el elogio sino raras veces; la misma indulgencia se halla muy disimulada en sus obras. Comprometía su palabra después de un maduro juicio, y en orden á la conducta de sus amigos, aplicaba el microscopio antes que el antejo de larga vista. Con sus copartidarios era inclemente, sino los encontraba á la ley de mil milésimos de fino, y por lo tanto, un homenaje de su pluma es una recomendación para la posteridad, así como no se borra la huella del ascua con que marcó á los hombres viles sometidos á su justicia.

Es uno de los timbres del General Alfaro el haberse conservado el mismo en el concepto de Montalvo, á través de las vicisitudes de la política y del vaivén de la fortuna, que tanto desconciertan á un escritor por diáfano que sea su talento. Don Juan conocía á don Eloy íntimamente como hombre privado y hombre público, y nunca se llamó á engaño, sino que fué crecien-

do su estimación por el caudillo á medida que las veleidades de los suyos y los reveses de la suerte alejaban á éste del suspirado fin patriótico.

Esto fué una de las retaliaciones contra la adversidad que mantuvo en su temple el ánimo de Alfaro, pues la ingratitud y la perfidia no es de ahora que se cruzan en su camino; son desventuras que van tras de los revolucionarios, pegadas como la sombra al cuerpo.

Lo que en estas páginas relata Montalvo convida á meditaciones muy negras. Véase la crueldad de los conservadores y la falta de memoria de los liberales en un ayuntamiento desconsolador; que si eso pasó en día no remoto, ¡cómo no estamos sobre aviso más bien que acariciando la reacción ultramontana con nuestras pequeñeces y nuestras divisiones? ¡Y parece imposible que el eco de ese suplicio no despierte el remordimiento en los unos y ponga límite á las inconsecuencias de los otros!

Montalvo comparece y es un acu-

sador terrible: ¿no ha de serlo cuando hay liberales que se vuelven contra el mártir de Guayaquil?

Si el gran escritor viviese, también lo tomaría por su cuenta la suspicacia, porque está de moda el olvido, y los neófitos no reparan en los mercedimientos de la gente probada. Los que no han combatido, ni han experimentado el rigor de los conservadores, le tirarían piedras á Montalvo, como ahora se las arrojan á hurtadillas al General Alfaro, y no faltaría quien le enmendase la plana de literato, como al otro se le corrige la de revolucionario!

En carta de París, de fecha 15 de Marzo de 1883, publicada en Ambato entonces, dice D. Juan: “Mucho me preguntan Ustedes por los *Siete Tratados*: el libro en dos tomos, edición primorosa, está ya en la casa de empastar. Las campañas de Eloy han perjudicado á esta empresa literaria: lo que se hubo conseguido para ella, lo invirtió en su expedición anterior á Esmeraldas. Yo aplaudí este noble abuso: la libertad primero que la literatura”.

¿Cuál de estos advenedizos hiciera lo que Alfaro y pensara lo que Montalvo?

Porque no transigía con el delito, cayó Alfaro en manos de Veintemilla, en 1878, y fué reducido á la cárcel de Guayaquil. Razones, súplicas, amenazas, todo en vano para quebrantar el ánimo del cautivo, que ganaba en coraje y altivez en el infortunio. Rodeado de sayones, en una inmundada masmorra, tendido en el suelo desnudo, le cargaron un par de grillos formidables, encargados expreso por García Moreno, para un malhechor empedernido y de fuerza extraordinaria. Priváronlo del trato de sus semejantes, de los consuelos de la amistad y aun de los servicios del médico, y la muerte era preferible á aquellos refinamientos de crueldad en que son tan dueños los conservadores.

Es indecible lo que sucedió allí.

Un día Veintemilla vino á la cárcel, y tras de él fueron entrando cabos y sargentos, armados de varas de vapulación. Se proponía el Dictador

ejecutar un atentado de los que infamaron para siempre su Gobierno. Comprendiólo así Alfaro, é incorporándose, poseído de indignación, escupió á la cara de Veintemilla todo lo que la dignidad aconseja en un momento de tan justa cólera. El tiranuelo se llenó de pavor y mandó retirar á los esbirros.

Miguel Valverde, soportaba grillos en un calabozo vecino y sufría de una enfermedad penosa. Alfaro se dirigió á Veintemilla allí presente:

—Quítele los grillos á Valverde y póngamelos á mí, le dijo.

El *mudo* habló al oído de uno de sus secuaces, quien entró al aposento del escritor y volvió poco después.

—Ya están quitados, gruñó Veintemilla.

Descubierta una conspiración para apoderarse del cuartel de Artillería, tramada por Alfaro, desde sus hierros, casi moribundo, se le recluyó en el *Infiernillo*, que era el depósito de las inmundicias de la cárcel, de donde se iba para el hospital ó para el cementerio; pero ni este nuevo tormento, ni

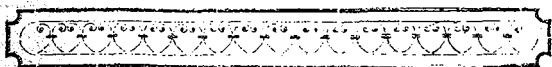
mil más atroces, doblegaron su energía, aunque sí destruyeron su organismo hasta dejarlo como un cadáver.

De las prisiones salió para el destierro, cuando fué preciso salvar á sus compañeros con este sacrificio de una muerte segura.

En las mismas aguas de la conformidad, la entereza y el valor, debían beber los menguados estoicos de la pega que disparan á traición sobre la honra del General Alfaro.

*Quito, Febrero 20 de 1897.*

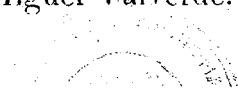
---



## ELOY ALFARO.

Hay actualmente en los calabozos de Guayaquil un cautivo á quien no le han quitado los grillos desde el día que le aprehendieron. Este es un conspirador, no digamos un presunto, sino confeso, puesto que él, á guisa de romano antiguo, ha reconocido, según dicen, sus cartas, y ha hecho gloria de su empresa. Mas para que en justicia

sea condenado, no basta la confesión del reo, la cual no hace plena prueba; necesario es que sea también convicto. ¿Quién habla aquí de razón ni trámites jurídicos? Donde no hay constitución ni leyes, mal suena esto de hacer juzgar á los conspiradores: ¿ó hay constitución y leyes en cuanto desfavorecen á los ciudadanos, y de ninguna manera en cuanto los amparan? En tiempo de dictadura, la ley no está escrita: es un principio que varía de forma y significación, según que la punta de la espada oscila á modo de aguja empapada en el magnetismo de la tiranía. Si Eloy Alfaro ha conspirado ó no, fuera es de este lugar y mi propósito: mi ánimo es poner de manifiesto que donde sus copartidarios han sufrido expulsión sin recargo de tormento, no debe ser víctima expiatoria cabalmente el más acreedor á la indulgencia de los que, amigos suyos ayer, se han vuelto hoy sus crueles perseguidores. Dos individuos culpables del propio delito han de sufrir idéntica pena: Miguel Valverde, socio



de Eloy Alfaro en proyectos de trastorno, ha sufrido la suya en el simple destierro; ¿por qué al otro se le condena á martirio antes de sentencia, y se le amenaza con el presidio que García Moreno edificó para los liberales? Cuando á tantos ecuatorianos ha condenado Veintemilla á destierro, sin juicio, ley ni averiguación ninguna, es absurdo y, perdone la mala palabra, ridículo el estar por ahí acogiéndose á leyes de que no hace ningún caso, ni consulta para maldita de Dios la cosa. Hay equidad hasta en la injusticia y clemencia hasta en la barbarie: esa equidad y clemencia son igualdad de pena para delinquentes iguales. De otro modo el gobernante da á conocer que los principios eternos de moral grabados en el corazón del hombre, no tienen cabida en el suyo. Demos por cierto que Alfaro ha tenido entre manos proyectos subversivos: ahora digo yo que nadie mas que este benemérito amigo de la Patria merecía más suavidad y consideración, ya por la rectitud de sus intenciones, ya por los favores in-

menso que le deben muchos de los que hoy mandan y oprimen, ya por lo útil que ese hombre de carácter singular puede ser á la República pasadas estas discusiones. A Veintemilla no hay que hablarle sino de cosas que le tocan personalmente: reflexiones filosóficas, máximas de sana política, motivos de conveniencia general no tienen nada que ver con él. Pues sepa ahora que á Eloy Alfaro le debe grandes servicios: cuando después de la revolución de Setiembre, indignados los jóvenes de Guayaquil, me propusieron una inmediata contrarrevolución, Alfaro fué quien apoyó mi negativa fuertemente. Veintemilla podía ser lo que no ha sido, ó lo que le han vuelto después sus eunucos: cualquier intentona de esa naturaleza hubiera hecho sospechar en nosotros ruines intereses personales. Le debe asimismo á Eloy Alfaro dos acciones más, que no me es dable descubrir ahora, pero que no dejaré morir en el silencio. Si Veintemilla supiera con qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por

bronceo que sea su corazón, se moriría de vergüenza.

Muchos saben lo que es Eloy Alfaro, y muchos no lo saben. Joven imberbe, salva la vida huyendo *del matador*. Extranjero en Panamá, á la vuelta de tres años es capitalista de los más renombrados de esa rica ciudad, sin haber llevado nada; y tan notorios sus méritos, tan estrictamente arreglada su conducta á la moral, tan noble su proceder en todo, que se ve luego en posesión de entrar en una de las familias más distinguidas del Istmo. La señorita Ana Paredes y Arosemena, con vénia de sus padres, fué luego Ana Paredes de Alfaro. Hoy mismo el padre de esa señorita interesante es gobernador de Panamá.

Eloy Alfaro, más que bueno, ciego en su bondad; más que generoso, pródigo, se vino á tierra con revoluciones costeadas por él en Manabí, con levantar caídos, socorrer necesitados y dar de comer y beber á ingratos que no merecían ni el agua y el fuego. Urbina, José María Urbina, que está

viendo impasible el suplicio de Alfaro, ¿ha digerido ya el pan y el vino con que ese padre suyo le salvó la vida muchas veces, cuando, humilde en la desgracia, ansioso en el hambre, volvía á él los ojos como á su benefactor? Urbina es el más extraordinario de los nacidos: Alfaro al lado suyo en la batalla de Galte, vela por él, le cuida, le anima, mira por su honra, pelea como el mejor soldado, vence junto con sus compañeros de armas: vueltos á Guayaquil, la primer diligencia de Urbina es mandar que el coronel Alfaro no pase revista, cuando tanto cobarde metemuerτος estaba gozando de sueldo no ganado. Y se vió allí un caso de los que suelen en el mundo: Eloy Alfaro, el agente más activo y eficaz de la revolución, el que más había hecho por Urbina y Veintemilla, encerrado en su cuarto con un amigo, sin pasar bocado un día entero.....

No diga Urbina que no puede nada en el ánimo del dictador; esto sería confesar su insignificancia como ruin; y si algo puede, ¿cómo no salva á Eloy

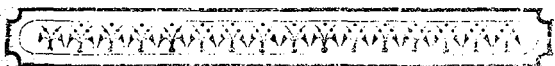
Alfaro! La muerte de este acendrado liberal en el suplicio, sería la página más negra de Veintemilla; en cuanto á Urbina, ese hecho, pasando junto con él á la historia, le dará aspecto del mas asqueroso fantasma. Vamos, señor don Ignacio, usted no ha dejado ver hasta ahora asomos de generosidad en su alma: dé usted el primer paso en esa vía luminosa, y áun puede ser que el sabor divino de esa rara virtud le convide á seguir por élla en adelante. Pido, no la libertad absoluta de Alfaro, pero sí la expatriación, suerte de los otros que han incurrido en la misma pena. Dirá usted que Alfaro se volverá oculto, como ya lo ha hecho una vez: yo digo que no, porque esta ocasión se irá con palabra de no volver en secreto. Si falta á ella, yo fiador, voy á Guayaquil, me entrego. Por no darme gusto sería usted capaz de dejarse morir de hambre. Pues bien, no me oiga á mí; óigale á su amigo Urbina, si es que no le está pidiendo lo contrario; óigale á Sánchez Rubio; óigales á los jóvenes

que le elevaron y le acompañaron en la guerra. Esos grillos perpétuos, en ese clima, le quitarían la vida al más fornido: ¿cómo quiere usted que empecemos á decir: Veintenilla ha matado á Alfaro en el tormento? Por mí, yo no haría representación ninguna ante usted; por amigo como ese, no tengo empacho en hacerla. Yo, cuando refiera los hechos de usted, diré: pero hizo esto; con lo cual mostraré que no era extraño á la magnanimidad, sentimiento del ánimo que engrandece al hombre aún en medio de la tiranía.

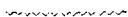
JUAN MONTALVO.

*Ambato, Diciembre 24 de 1878.*

(Quito, Diciembre 31 de 1878.—Imprenta del doctor Roberto Arias, por J. Mera).



## LOS GRILLOS PERPETUOS.



*El máscara de hierro* es un preso célebre en la historia de Francia, ya por la persona, la cual era, dicen, hermano del rey Luis XIV, ya por la perpetuidad del suplicio que llevaba sobre sí. Este suplicio era una máscara de fierro anexa al cautivo como si fuera cosa natural: el príncipe desconocido

murió debajo de ese frío antitaz: nadie le había visto nunca el rostro. Yo le preguntaría á don Ignacio Veintemilla, caso de ponerle á su elección la máscara de hierro ó los grillos perpétuos, á cuál de estos martirios se quedaría como menos bárbaro y cruel? Lo estoy viendo: no vacilara en optar por la máscara, la cual, ni le causara dolor ninguno, puesto que era holgada y fina, ni le privaba del movimiento. Los grillos son tortura atroz: Sócrates, con toda su filosofía y santidad, apenas pudo soportarlos: Veintemilla, ni filósofo ni santo, no pudo sufrirlos cuatro días, y pidió auxilio á sus amigos, y halló fianza en ellos, y hubo tirano de corazón que no rehusase volver la libertad del cuerpo á ese hombre, y echarlo franco por el mundo á respirar el aire, y beber el viento, y devorar ardientemente la luz que el Padre de los mundos ha hecho para todas sus criaturas. Dicen que no hay revolución con la cual no adelantemos algo, y que apesar de esta arrebatina sin término en medio de la cual vivi-

mos en la América del Sur, no hay día que no demos un paso adelante. El principio en general es verdadero: las naciones andan á su descenso, cuando han llegado á la cumbre de la sabiduría y la gloria: pueblos recién nacidos, por ley de la naturaleza tienen que crecer, desenvolverse y llegar á la edad madura. Mas yo sostengo que hay revoluciones que no nos dejan nada á ganar, y sí todo á perder. García Moreno fué un terrible demoleedor de la parte moral del pueblo; pero lo que destruía en el alma edificaba en el cuerpo: caminos dignos de una gran nación, edificios soberbios, gastos cuantiosos en favor de todos: la servidumbre vestida de lujo, tenía á lo menos el consuelo de la estimación y el boato: Veintemilla no ha puesto hasta ahora una piedra sobrè otra, no ha hecho una escuela, no ha levantado una iglesia, no ha abierto un plantel de enseñanza superior: en cuanto á la opresión, está imitando á la letra á don Gabriel García Moreno; y, quién lo creyera, ese fruto de una revolució

liberal, se ha propuesto destruir á los liberales matándolos en el tormento ó echándolos á todos de la República. García Moreno tuvo su Juan Borja; Veintemilla quiere tener su Eloy Alfaro: Dios le dé corazón de volverse de medio camino. Dicen que Faustino Rayo, en cada machetazo que le descargaba en la cabeza al pobre don Gabriel, en voz terrible le decía: Maldonado!... Ayarza!... Viola!... Juan Borja!

En una República donde se supone que reina la libertad, y las garantías de los ciudadanos les están salvando la vida á cada instante, es monstruoso, vergonzoso ver morir así á los mejores patriotas, á los beneméritos del partido liberal. Que en Quito donde todos son conservadores hubiera hecho Veintemilla lo que está haciendo con Eloy Alfaro, hubiera admitido explicación; pero que en Guayaquil donde todos son liberales, donde todos cooperaron con Alfaro á la revolución que levantó á Veintemilla; donde todos son amigos, apasionados

de Alfaro, le dejen perecer así, en el martirio, sin la menor representación, sin la menor diligencia, es cosa que le infunde, al que medita, un negro rencor contra el género humano. Veintemilla es cabezudo y vengativo; pero ante un grupo de personas de consideración, de amigos de quienes él necesita, no podía haber resistido, no puede resistir: justicia, urbanidad y conveniencia propia le obligarían á poner término á ese insulto público, esa afrenta al género humano, esa operación tenebrosa y sangrienta, digna del Santo Oficio. Matar á un hombre, hombre de nota y de esperanzas, en las barbas de la Nación, á ojos vistos del partido liberal, creador de Veintemilla; matarlo á fuego lento, comérse-lo vivo por los piés, y esto llamándose liberal y libertador, liberal y regenerador, es burla cuya amargura nos ahoga el alma á los que, amando la libertad verdaderamente, amamos á nuestros semejantes.

La Constitución vigente prohíbe los grillos y todo suplicio corporal;

Veintemilla está matando en los grillos al individuo á quien debe su buena fortuna por la mayor parte. Si hace lo contrario de lo que manda la Constitución, ¿por qué se llama libertador, regenerador, liberal? Dirá que lo hace á virtud de las facultades extraordinarias con que le privilegió el Cuerpo soberano; y yo digo que la Constitución es superior al Congreso, aún cuando éste se compusiera de sabios y hombres libres, y no de ruines siervos como la mayoría que le dió sin ocasión ni necesidad esas facultades. Pongo un caso: La Constitución declara religión del Estado la católica, apostólica, romana: á virtud de las facultades extraordinarias podría Veintemilla declarar nulo ese artículo y sufragar por el protestantismo? No: luego las facultades extraordinarias no le dan la de infringir la Constitución. Así lo tienen creído sus mismos prosélitos, cuando la Corte Suprema ha mandado seguir causa al delincuente de haber puesto grillos en Quito á otro preso de Estado. En Quito la Corte

Suprema sigue juicio criminal al Comandante acusado de haber hecho poner grillos á una persona, y manda á los tribunales ordinarios levantar auto cabeza de proceso á otro reo del propio delito: en Guayaquil Veintemilla pone grillos, y no los quita por nada, y le da de bofetones á la Corte Suprema, y se ríe de la Nación: ¿qué significa ésto? Dejémonos de razones: Cicerón le hace temblar y sudar á César: pálido, mudo, los papeles que tiene en la mano se le caen al suelo, y el héroe no lo echa de ver. Cuando el orador ha concluido su discurso *pro Ligario*, César lo declara libre de culpa y pena y le manda á su casa, después que le había condenado á muerte. Para tal defensor tal juez. Ese mismo Cicerón que se apodera del ánimo del héroe con la violencia de las razones, sería un bruto para nuestro don Ignacio; pues yo debo de ser un asno, cuando me empeno en convencerlo y conmoverlo: vaya usted á convencer y conmover á don Ignacio. . . . Y no es que él no comprenda las cosas; sino que su

gran principio es hacer lo contrario de la razón y la justicia, lo contrario de lo que le piden los pueblos y le suplican los amigos; lo contrario, siempre lo contrario de lo que le conviene á él mismo: esta es su *bismarkería*, esta su diplomacia. Yo sé muy bien que una representación mía no hace sino perjudicarle *al máscara de hierro*; pero como sin ella él hubiera corrido la propia suerte, lo más atinado en todo caso era volver por el derecho de los ciudadanos en general, y por la vida del amigo en particular con estas demostraciones. De un individuo, como no sea de la liga, no hace caso Veintemilla; de un pueblo, puede hacer caso: guayaquileños, lo que conviene es salvar á Eloy Alfaro: entre tantos amigos como tenía éste, ¿á ninguno le ha ocurrido hasta ahora convocar un día mil ó dos mil ciudadanos, plantarse debajo de los balcones del presidente, y en nombre de la libertad y de la patria pedir la excarcelación de ciudadano de tan honrosos precedentes? Lo que no concede á las personas particulares, lo

concederá á un pueblo: esto lo están dictando la cortesía, la política, la magnanimidad. Si el pueblo sale con su empeño, le dará las gracias cortesmente; si sufre un desaire, se retirará triste y meditabundo. . . . Vamos, don Ignacio: hablemos como tontos por un instante: supongamos que yo soy Marco Tulio Cicerón, usted Julio César: Quinto Ligario será nuestro querido Eloy: suponga usted que yo he hablado con razón tan vehemente, que el no dejarse convencer y conmover por ella sería estupidez: suponga que se ha convencido y conmovido usted, que ha perdido el color al oírme, ha temblado y se le han caído de la mano. . . . sus Comentarios. Todo esto supuesto, la consecuencia es clara, Ligario sale libre, sin grillos ni cadenas, y se va á Panamá á salvar la vida á su esposa y su hijita que se están muriendo de dolor, y no vuelve oculto á Guayaquil, y don Ignacio queda con la satisfacción de haberse mostrado generoso una vez en la vida, y don Juan le pone una corona, y el partido liberal contento, y

la Nación aplaude. Si consuma usted el sacrificio de Alfaro, aliéguese en sangre de liberales, de patriotas: el camino está abierto: y sin cuidado, pues á París, adonde piensa usted huir después de sus cuatro años, no irá sin duda Faustino Rayo á gritarle: Eloy Alfaro!

Culpable y culpado son cosas diversas: el culpado, ésto es el juzgado y condenado, es criminal: al culpable, la ley le supone inocente, mientras del juicio no resulte comprobada su criminalidad: si la pena del delincuente se le impone al inocente, ¿qué queda para la justicia? Según la ley natural y la escrita, á Eloy Alfaro le debemos reputar inocente, puesto que no ha sido juzgado; y no habiéndolo, ¿cómo se le aplica sin término una pena superior á la severidad del juez más duro é inclemente? Según nuestras leyes, no habría juez que condenase á Eloy Alfaro al tormento: y en el tormento está, sin sentencia: calabozo, incomunicación, grillos perpétuos en cuerpo enfermo, disentérico, esto es

atroz! Y digan los miserables que le están aconsejando la Inquisición á Veintemilla, que estamos en tiempo de regeneración y libertad! Sí, la tienen ellos. . . . la de arruinar á los mejores ciudadanos y cubrir de infamia á la República. Veintemilla podría salvarse oyéndoles menos á esos perversos. Leyes, juicio, para un solo individuo en toda la Nación: qué asco! Satanás aconseja la crueldad, Dios manda la misericordia.

JUAN MONTALVO.

*Ambato, á 18 de Enero de 1879.*

(Quito.—Imprensa del doctor Roberto Arias, por J. Mora).

